CANTO RABIOSO DE AMOR A ESPAÑA EN SU BELLEZA

CON los ojos cerrados,
con los puños cerrados, con la boca
cerrada, España, canto tu belleza.
Y con la pluma ardiendo, y con la pluma
loca de amor rabioso, canto y firmo.

Belleza sobre ti y en tus entrañas
de miel y de granito, y en tu cielo
y en tus rotundas cordilleras frías,
conozco y atestiguo y canto, madre.

Toledo, sí; Granada y Guadalupe;
Sevilla y Ronda y Avila y Santiago
y Cáceres y Córdoba y Valencia
y Santillana de la Mar y Cádiz;
Oviedo y Pontevedra, Zaragoza,
San Sebastián, Bilbao y Salamanca,
El Escorial y Montserrat y Cuenca.

Piedras labradas, torreones, claustros,
palacios, catedrales y conventos,
huertos, jardines, patios y zaguanes,
lívidos Cristos y rosadas Vírgenes,
lanzas y escudos, códices y cálices,
de siglo en siglo, con cincel y gubia,
con mística y ascética y pinceles;
de sueño en sueño, con palmeras y agua,
con limoneros, nardos y arrayanes;
de mar a mar, con algas y rompientes,
con pinos, tamarindos y manzanos.

con playas rubias, prados verdeazules,
pardas llanuras, parameras grises;
con sol y cierzo, nieves y retamas,
romeros y tomillos de la sierra,
de siglo en siglo, me has llegado, madre.
Tú me has parido y hecho y moldeado
calándome de amor hasta los huesos
por tu belleza, España; tu belleza
cruel, ceñida en torno de mis sienes,
que hace subir mi canto como un río
entre garganta y verso para ahogarme
de amor rabioso, de vergüenza sorda,
de amor, de amor, de amor, de amor rabioso.

Porque eres bella, España, y agonizas,
minuto tras minuto en mi presencia.
Porque te siento andando sobre cardos
por todos los caminos rezagada,
con una cruz al cuello y otra al hombro,
durmiendo en las cunetas de la gloria,
tus ojos anegados en ceniza,
bebiéndote el gazpacho de tu sangre,
comiendo el pan moreno de tu vientre,
desposeída de oros y de espadas,
borracha en copas, vapuleada en bastos,
soñando desguazadas carabelas,
por todos malcomprada y malvendida,
viuda, asesina y mártir de tus hijos,
a mil años y un día condenada
por todos tus pecados capitales,
llagada mendicante sobre el atrio
de la opulenta Catedral del Mundo.

Porque eres bella, España, y te me mueres
de mal de España, canto tu belleza
con este amor rabioso que me ruge,
y fecho y firmo a corazón parado,
a ojos quemados y apretados puños,
clavándome la lengua con los dientes
porque no quiero blasfemar tu nombre.

ÁNGELA FIGUERA AYMERICH